



Capítulo 605: Te metiste con la chica equivocada.

Brynhildr desvió la mirada y sus labios se curvaron formando una sonrisa contenida —casi imperceptible, pero cargada de ironía.

"¿Me estás cortejando, Rey Demonio?" Ella preguntó, en un tono incrédulo, casi divertido. Era difícil saber si ella se estaba burlando de él o poniendo a prueba su audacia. Quizás un poco de ambos. De hecho, si ella se detuvo a pensar... tal vez era la primera vez que un hombre se atrevía a decirle algo así.

Virgilio levantó una ceja, manteniendo su mirada fija en la de ella.



"No lo sé", respondió con una ligera sonrisa. "¿Quieres que te cortejen?"

La mirada de Brynhildr sostuvo la suya por un momento —fría, curiosa— hasta que dejó escapar un pequeño suspiro, haciendo girar el vaso de licor en su mano. El líquido ámbar se arremolinaba lentamente, reflejando el resplandor azulado de la sala de abajo.

"Siento que eres más arrogante de lo que esperaba", dijo, y el comentario salió con tanta calma que sonó casi como un cumplido.

"¿Arrogancia?" Virgilio respondió, mirando también hacia abajo, siguiendo el movimiento de los competidores reunidos en el gran salón. "Yo lo llamaría confianza."



Brynhildr no respondió, sólo levantó el vaso y tomó un sorbo lento. Su atención se dirigió al piso inferior, donde las parejas de cada panteón comenzaban a reunirse alrededor del gran trono del Hades'.

Virgilio siguió su mirada, pero la verdad era que le importaba poco. Nada de eso le impresionó. El torneo, el espectáculo, las alianzas forjadas entre dioses y héroes —todo le parecía una pieza más en un tablero de ajedrez predecible.

En ese instante, el silencio entre ellos era cómodo. Brynhildr observó como un centinela; Vergil, como alguien que ya conocía el resultado antes del primer movimiento.

Él no estaba inquieto, no tenía miedo. Porque en el fondo, él sabía—no importa quién se levantara contra él, el resultado sería el mismo. Algunos lo llamarían arrogancia. Virgilio lo llamó certeza.

Él tenía sus razones.



El Yamato —su espada— descansaba inactivo en su subespacio, pero pulsaba con un poder que apenas podía contenerse. Su forma final, el legendario Excalibur, todavía estaba oculta... y sabía que cuando lo invocara, el mundo que lo rodeaba dejaría de existir por un breve momento.

Más allá de eso, estaba el poder oscuro que llevaba desde que absorbió al padre de Roxanne —el título de Caballero de la Muerte, grabado en su alma como una cicatriz eterna. La magia de la muerte fluía por sus venas como una segunda sangre, silenciosa e incontrolable.

Y por si fuera poco, su cuerpo siguió evolucionando. Cada batalla, cada enfrentamiento, cada fusión lo convertía en algo más—algo que no encajaba con las reglas del cielo o del infierno.



Medio ángel. Medio demonio. Una paradoja viviente.

Incluso si usaban energía sagrada contra él, su naturaleza híbrida lo hacía resistente, casi inmune. El poder divino lo quemó, sí—pero también lo alimentó.

Por eso Virgilio estaba tranquilo.

No había nerviosismo en sus ojos, ni tensión en sus hombros. Sólo ese aire tranquilo y provocador, como si estuviera en un partido cuyo resultado ya sabía de memoria.

Porque al final... él sabía quién era.

Y, sobre todo—sabía que era fuerte.

Brynhildr se dio cuenta de esto.



Ella lo miró y observó su perfil iluminado por las antorchas azuladas de Erebus. Había algo desconcertante en ese hombre—algo que mezclaba arrogancia y paz, como si su mismo orgullo fuera una forma de fe.

"Realmente crees que nada aquí puede derrotarte, ¿no?" Ella preguntó, esta vez sin ironía.

Virgilio no apartó la mirada del pasillo.

"No lo creo", respondió. "Lo sé."



Brynhildr se quedó en silencio. Por un momento, la guerrera Valquiria —acostumbrada a enfrentarse a dioses y juzgar almas— sintió un escalofrío.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, se había encontrado con alguien que hablaba como un dios... pero no lo era.

Y quizás eso fue lo que la hizo incapaz de ignorarlo.

Vergil estaba a punto de responder a Brynhildr cuando un sonido distante atravesó el murmullo de la sala —una commoción apagada que provenía del piso de abajo. Él frunció el ceño.

"¿Qué está pasando ahí abajo?" Él murmuró.

Brynhildr miró hacia abajo, pero no parecía interesado. "Probablemente sólo otro dios borracho causando una escena." Tomó un sorbo de su copa, indiferente.



Pero Virgilio sintió algo diferente. Una extraña punzada en su alma.

Un instinto primario.

Y luego lo escuchó.

Un grito.

Débil, pero inconfundible.

"¡Ayúdame!"



La voz de Ada.

Por un solo segundo, todo dentro de él se detuvo.

Y en el instante siguiente... el mundo entero pareció reaccionar.

El aire alrededor de Virgilio comenzó a vibrar, pesado, distorsionado. La presión espiritual explotó desde dentro de su cuerpo como una tormenta contenida durante demasiado tiempo. El suelo bajo sus pies se agrietó. El mármol se oscureció. Todo el Erebus pareció contener la respiración.

Brynhildr, sorprendida, dio un paso atrás y sus ojos se abrieron cuando el entorno circundante se volvió negro —no por la ausencia de luz, sino por la presencia abrumadora de algo más allá de la oscuridad.

Era su furia.

Puro. Silencioso. Letal.

El poder de Virgilio se filtraba como humo vivo, elevándose en remolinos que distorsionaban el aire, el sonido e incluso la gravedad. Dioses y valquirias en el segundo piso se dieron la vuelta, alarmados —el tipo de reacción que uno sólo tiene cuando alguien fuera de la escala divina comienza a perder el control.

Brynhildr intentó decir algo, pero Vergil ya había desaparecido.

Saltó desde el balcón.



El impacto de su aterrizaje resonó como un trueno apagado. El suelo se agrietó bajo sus pies, fragmentos de piedra y sombras se dispersaron mientras el peso de su presencia hacía que las antorchas se apagaran una por una.

En medio del salón, los dioses retrocedieron. Se formó un círculo.

Y en el centro...

Ada.

Su muñeca estaba sostenida por un hombre alto, de cabello dorado y ojos arrogantes—, uno de los dioses del Olimpo, rodeado de otros que reían, divertidos por su resistencia.



Pero la risa cesó cuando apareció Virgilio.

El silencio se instaló como una espada.

La presión espiritual aumentó tanto que el suelo gimió y los dioses más débiles instintivamente retrocedieron. Incluso las sombras temblaban.

Vergil caminó lentamente hacia el grupo, sin decir nada. Cada paso resonaba intensamente, resonando como un latido en el aire.

El dios todavía sostenía a Ada, pero su expresión comenzó a cambiar—el instinto divino que le advertía que había cometido un gran error.

"Tu nombre y tus últimas palabras," dijo Virgilio, mirándolo como si estuviera a punto de matarlo instantáneamente.



"Jaja... últimas palabras?" repitió riendo. "Debes ser ese demonio del que han estado susurrando, ¿no? Virgilio, el insolente. El invitado que cree que puede caminar entre dioses como si fuera uno de ellos."

Vergil no respondió. Él simplemente lo observó, inmóvil. La presión a su alrededor aumentó, lenta y asfixiantemente —como el creciente sonido de un trueno antes de una tormenta.

El hombre tomó otro sorbo de vino y chasqueó la lengua, satisfecho.

"Soy Dioniso, el dios del vino, la locura y el éxtasis." Levantó los brazos teatralmente, como si presentara un espectáculo. "Y este pequeño mortal aquí..." atrajo a Ada hacia él, haciéndola tropezar "...ahora es mi compañera por la noche. Deberías estar agradecido, demonio. Es un honor que yo me ignore."



Un murmullo recorrió el pasillo. Algunos dioses se reían nerviosamente, otros simplemente observaban, ansiosos por lo que estaba por venir. Brynhildr, todavía en lo alto del balcón, cruzó los brazos y su mirada se estrechó. Ella sabía lo que estaba a punto de suceder— y que no habría vuelta atrás.

Ada intentó liberarse, su expresión era una mezcla de ira y miedo.

"¡Suéltame, bastardo!" Ella gritó, tratando de alejarse.

Dioniso se rió entre dientes y su aliento olía a vino fuerte.

"Tranquila, querida." Dioniso le sujetó la barbilla, obligando a Ada a mirarlo a los ojos. Su aliento olía a vino y arrogancia.



"No necesitas resistirte. Soy un dios..." sonrió ampliamente, ebrio de sí mismo
"...y los dioses toman lo que quieren."

La luz en los ojos de Virgilio simplemente se apagó.

Era como si toda la luz que lo rodeaba se hubiera apagado.

Ya no quedaba furia aparente, ni odio visible —sólo un vacío absoluto, pesado y opresivo.

El tipo de silencio que hace que incluso el infierno contenga la respiración.

Dejó escapar un suspiro lento. El aire cálido que escapaba de sus labios se hizo visible—una niebla blanca que contrastaba con el frío que lo rodeaba.



Ada, sintiendo el cambio, dejó de luchar. Su corazón se aceleró, pero sus manos permanecieron quietas.

Ella sabía lo que significaba ese silencio.

Esa calma...no era calma en absoluto.

"Oh, maldita sea..." pensó, con la mirada fija en Virgilio. "Él va a... él realmente va a."

Vergil levantó la cara, hablando en un tono casi casual, como si nada estuviera pasando: "Wukong."



Desde arriba, sentada sobre su nube dorada que flotaba perezosamente en el aire, el Rey Mono levantó una ceja.

"¿Sí?" Ella respondió con su habitual sonrisa relajada, con el ventilador apoyado en su hombro. "Hablar."

Virgilio no apartó los ojos de Dioniso.

Su voz era baja, suave... y sin embargo hacía vibrar el aire.

"Me advertiste sobre él, ¿verdad?" Dijo con calma. "Entonces dime... ¿puedes asumir la responsabilidad de lo que estoy a punto de hacer?"

Hubo un breve silencio.

El tipo de pausa que incluso los dioses respetan.

La sonrisa de Wukong disminuyó por un instante —no por miedo, sino por anticipación.

Cruzó las piernas y lo observó desde arriba con ojos que brillaban como estrellas antiguas.

"Hmm..." ella murmuró pensativamente. "En realidad no hay reglas que lo prohíban."

Hizo girar el ventilador entre sus dedos, como si fuera un juego más.



"Los mortales y semidioses casi siempre son subestimados", continuó, con su tono juguetón. "Así que no hay ningún castigo formal por lo que estás a punto de hacer."

Virgilio inclinó ligeramente la cabeza y una sonrisa fría y sin alegría curvó sus labios.

Wukong luego agregó, con una risa que resonó por toda la sala:

"Haz lo que quieras, querida."

Abrió el ventilador frente a su cara, con su mirada traviesa mirando desde detrás del oro brillante.



"Si hay algún problema, asumiré la responsabilidad. Después de todo..." su voz resonó con arrogancia divina "...Soy el dios más fuerte aquí."

La declaración resonó en Erebo como un trueno apagado, provocando que algunos dioses intercambiaron miradas tensas. Ni siquiera Shiva dijo nada, a pesar de no estar de acuerdo con el mono.

Y fue en ese instante que el aura de Virgilio cambió.

El vacío que lo rodeaba se distorsionó— y de la nada, el aire se volvió denso, asfixiante, cargado de una presencia demoníaca tan pura que parecía desgarrar el tejido de la realidad.

Las llamas de las antorchas parpadearon y se apagaron.

El suelo se agrietó bajo sus pies.



Y donde antes sólo había sombra, ahora había horror.

Un poder antiguo, violento e incontrolable emergió de él como una ola viviente—una fuerza que ni siquiera parecía pertenecer a un ser racional.

Fue como si el infierno y el cielo, por un instante, se hubieran inclinado para mirar.

Virgilio dio un paso adelante.

El sonido de su bota impactando el suelo resonó como un trueno hueco.

Dioniso, todavía sosteniendo la barbilla de Ada, finalmente lo sintió.



Su alma reconoció el error incluso antes de que su mente pudiera reaccionar.

El vino en su copa empezó a hervir.

La risa de los dioses circundantes cesó. Y todo lo que quedaba era el sonido de algo creciendo, respirando, despertando dentro del demonio.

Virgilio sonrió—una sonrisa pequeña y sin emociones.

"Entonces eso está resuelto", dijo finalmente. "Sin reglas."

Todo el suelo tembló.



Su sombra se expandió, elevándose detrás de él como un velo monstruoso, adquiriendo una forma casi humana, con ojos carmesí brillando en la oscuridad.

Ada dio un paso atrás, jadeando.

Wukong simplemente observó, con su abanico cerrado, un brillo juguetón y ligeramente cruel en sus ojos.

"Ah... esto va a ser interesante," murmuró el Rey Mono, casi como si estuviera viendo un espectáculo. "No puedo matar dioses por las reglas... épero un mortal? Qué buena sensación."

